

Prácticas artísticas en contexto. Itinerarios, útiles y estrategias

Itinerario de lectura A

9 Presentación

11 Fermín Soria. Entrevista a Yolanda Romero Gómez

Introducción

21 Antonio Collados y Javier Rodrigo. Entretejiendo aprendizajes entre el arte, los contextos y las pedagogías colectivas

Artículos

1. Sobre la aproximación al campo y la posición del sujeto investigador

29 Alfonso del Río Almagro. Posturas en la antesala de la investigación y creación artística

39 Aida Sánchez de Serdio. Prácticas artísticas colaborativas: comprender, negociar, reconocer, retornar

45 GEA La Corrala. La potencialidad transformadora de la investigación autónoma

53 Eduardo Serrano. Algunas ideas sobre los contextos de la práctica artística

63 Marta Ricart. Estrategias y reflexiones para el trabajo en contexto

73 Santiago Eraso. Ecosistema o industria cultural

81 Daniel García Andújar. La práctica artística y su entorno

2. Sobre útiles y metodologías de investigación y producción colaborativa

89 Javier Rodrigo. Mapeando que es gerundio: Cómo trabajar en contextos a partir de sociogramas y empezar a generar investigaciones colectivas

99 Iconoclastas. Algunas consideraciones acerca de la práctica del mapeo colectivo

107 Pedro Ortuño. Narrativas urbanas y contextos colaborativos

117 Txelu Balboa. Dinámicas de trabajo en grupos en contextos específicos

3. Sobre procesos y estrategias para la producción artística en contexto

129 Susana Velasco. Diez claves para apuntar al mundo

147 Carme Nogueira. En contexto. Cuatro pasos de aproximación

159 Rogelio López Cuenca y Elo Vega. La carta robada

167 Domingo Campillo García. ¿Cómo saber cómo hacer? Tentativas desde el registro fotográfico del andar

175 Santiago Barber. Políticas y poéticas del flamenco: una aproximación a sus prácticas contextuales

4. Sobre el trabajo de mediación, difusión y comunicación

199 LaFundició. Comunicación. Conversación. Diseminación

211 Oriol Pontdevila. Comisariar arte colaborativo, ¿colaborativamente?

223 Olga Fernández López, Zoe Mediero y Azucena Klett. En medio de las cosas. Investigación indisciplinar, entre el espacio artístico, la academia y la ciudad

235 Alejandro Cevallos. Sala Local. Procesos comunitarios en salas expositivas de arte contemporáneo de Quito

247 Natxo Rodríguez. Arte en la Universidad: ¡Dar, copiar y difundir!

5. Sobre las prácticas de evaluación de proyectos. Tiempos y modos

255 Cristian Añó. Recuperando el norte: Un GPS colaborativo y multiposicional

ANEXO

269 Rachel Fendler, Javier Rodrigo y Sinapsis (Cristian Añó y Lidia Dalmu). Caja de herramientas para proyectos colaborativos

287 **Nota curricular de los autores**

Recuperando el norte: Un GPS colaborativo y multiposicional

Cristian Año

¿Se evalúa al final o al principio de un proyecto?

¿Cómo decidir qué evaluar, cuándo evaluar y quién evalúa?

¿La evaluación forma parte intrínseca de un proyecto o es un proceso en paralelo?

¿Mejoran los proyectos si se introducen mecanismos de evaluación?

Los procesos de trabajo en arte son, en cierta forma, itinerarios que nos llevan desde un punto de partida hacia un horizonte imaginado, real o que estamos construyendo a medida que nos aproximamos a él. Una suerte de investigación procesual que, a la vez, descubre y construye los hitos, migas significantes que permiten al proyecto ir adelante, pero también atrás, rectificar, reinventarse, y precisamente por eso, avanzar, crecer y aprender. Y si hace falta, resituar el proyecto en el marco de nuevas coordenadas.

Si el proyecto es un proceso de trabajo individual, la actualización de la posición en el desarrollo del itinerario se puede hacer con la facilidad de quien consulta un GPS, conectando la expectativa inicial con las coordenadas del lugar de paso actual.

En los proyectos colectivos en los que participan diversos agentes, instituciones o entidades que se articulan a través del trabajo en red y las prácticas colaborativas "activar un GPS" es seguramente más necesario, pero también mucho más difícil por cuanto implica la multiplicación de posicionamientos a monitorizar.

La potencial riqueza de los procesos colectivos es inherente a una complejidad que hay que gestionar, conducir o articular conscientemente. Lo contrario sería como aceptar que el ser humano se entiende con otros sin esfuerzos, generando espontáneamente un espacio común. Cualquiera que haya tenido padres y madres, amigos y amigas, parejas o colegas en los estudios o en el trabajo ha sentido en algún momento que ese ámbito de lo emocional donde se agolpan los deseos, las expectativas, las dudas y los miedos puede ser ingobernable. Que la gestión, aun suponiendo un esfuerzo, es también un canal de aprendizajes para implicarse y dialogar, para negociar sobre lo común y reconocer lo que nos va unir y gestionar lo que nos separa del otro.

La diversidad de agentes, instituciones y entidades implicados en un proyecto, y la concordia y el entusiasmo desde los que se suele impulsar la ingeniería colaborativa en el inicio de un proceso de trabajo colectivo enmascara la heterogeneidad consubstancial a los diversos participantes. Dar un "falso positivo" en sinergia puede provocar desencuentros innegociables.

Toda profesión, todo saber, toda subjetividad se nutre y define en relación a un ecosistema de referentes, metodologías y formas de hacer, glosarios, principios y decálogos puestos en juego de manera más o menos consciente. La especificidad de cada uno de los participantes está asociada a su cultura profesional y social desde la que participa en un proyecto colaborativo en tanto que sujeto y representante de una institución o colectividad. Pertener al ámbito de la creación, ser un técnico de cultura de un ayuntamiento, maestra de una escuela o miembro de una asociación de barrio pone en juego concepciones y expectativas muy distintas. La visión sobre los objetivos de un mismo proyecto, los ritmos de trabajo asumibles, los esfuerzos que pueden invertirse o el conocimiento de las fases de trabajo y los impactos que se pueden esperar difieren según los implicados. Mientras que, por ejemplo, el maestro se pregunta sobre los resultados en los aprendizajes del alumno, sería comprensible que no reflexionase tanto sobre cómo van a ser representados los mismos en los distintos soportes de difusión, ni tal vez preguntarse si la implicación de los alumnos está instrumentalizada. A la vez es probable que los creadores

tengan más facilidad para centrar su esfuerzo en que los resultados finales del proyecto puedan inscribirse en el marco de la institución artística, asegurándose de que los formatos y productos de comunicación y difusión del proyecto reproduzcan sus códigos y les permitan generar el capital simbólico deseado.

En el fondo, un proyecto colaborativo se parece a una conversación de múltiples voces donde todos se sienten incluidos en la misma fiesta, en la que cada uno habla de cosas distintas pero solo al llegar al final del trayecto descubren con sorpresa sus diferencias y las consecuencias de lo acontecido, para bien y para mal.

¿Es un riesgo que hay que asumir sin más cuando se participa de este tipo de proyectos? ¿Hay que entender que la posibilidad de insatisfacción o el sentimiento de haber sido utilizados por parte de algunos de los participantes es un daño colateral inevitable y no el fracaso en la planificación y gestión del proceso de trabajo?, en todo caso, ¿en qué medida afectaría la capacidad del proyecto para producir capital simbólico para artistas y creadores en relación a los circuitos de legitimización artística? Seguramente no se vería afectado, como tampoco impediría a instituciones y administraciones rentabilizar su colaboración en términos de legitimidad social y visibilidad.

La realidad es que un proceso de trabajo colaborativo y las acciones de difusión del mismo pueden operar como realidades paralelas, es decir, sin que los modos de hacer y los modos de mostrar tengan que guardar una relación de reciprocidad entre ellos. Es posible que un proceso de trabajo impecable y transformador no sea conocido más allá de los círculos de los propios implicados como que sea un proyecto reconocido, con mucha visibilidad, pero no haya consolidado un proceso colaborativo que haya beneficiado a todos los participantes.

El espacio de trabajo en común necesita de una sintonización articulada conscientemente, que tenga en cuenta cómo el proceso produce en las personas que participan y construyen un proyecto que está en movimiento y donde existen desplazamientos relacionales y emocionales. A lo largo del mismo se reescriben las coordenadas individuales y colectivas respecto al proyecto inicial. En cierta manera el espacio en común, sus límites y sus relaciones de poder internas se reposicionan sin cesar en un movimiento espontáneo que sucede tanto en el plano de invisibilidad como en la emergencia manifiesta de entusiasmo o resistencia pasiva.

Retomando la imagen inicial del GPS, este artículo plantea la conveniencia de disponer de herramientas para monitorizar de manera continua el desarrollo de un proceso de trabajo colaborativo y facilitar que el espacio de trabajo común siga siendo común, basado en unas relaciones de poder formuladas de forma transparente y asumidas con conocimiento de causa, que permitan a las estructuras y las personas implicadas autogestionar y responsabilizarse de su participación, disfrutando del potencial transformador del proceso de trabajo.

GPS de código abierto: Evaluación y valoración participada

Incorporar en un proyecto estrategias de evaluación continua pone a disposición de los implicados un GPS multiposicional que permite revisar conjuntamente las coordenadas

del proceso colectivo y hacer las rectificaciones necesarias para mantener la viabilidad de un horizonte común. No es costumbre en el ámbito del arte pensar en términos de evaluación. No solo es lo opuesto a nociones tan vibrantes como “creación”, “creatividad”, “artisticidad”, “subjetividad”, “originalidad”, “imaginativo”, “espíritu crítico”, etc. Además activa resonancias fiscalizadoras que nos conectan con términos como calificación, notas, exámenes, aprobados, suspensos. Pero, como veremos más adelante, podemos hacer que la evaluación del proyecto, si es participada, nos permita la construcción de un GPS de código abierto que use cartografías levantadas colectivamente.

Como todo lector conoce de primera mano, formas de evaluar hay muchas. La evaluación participada, desarrollada y aplicada en otros ámbitos, sobre todo en relación a los procesos participativos es, por su planteamiento y metodología de trabajo, un punto de partida adaptable a las necesidades de los proyectos culturales colaborativos.

Las coordenadas que propondremos aquí están pensadas para proyectos artísticos o culturales desarrollados a partir de procesos colaborativos en contexto, es decir, articulados en diálogo con la riqueza social, simbólica y patrimonial de un territorio dado, de un ecosistema al que el proyecto se conecta aplicando criterios de sostenibilidad y retorno social.

Cada proceso de trabajo y red de personas, entidades e instituciones movilizadas en un proyecto generan una situación específica. El proyecto, su desarrollo y las relaciones que se establecen son complejas, y las metodologías y herramientas hay que reinterpretarlas a la luz de la circunstancias reales, y en diálogo con esta complejidad específica. Desde esta perspectiva, la evaluación se entiende como una herramienta integrada al proyecto y adaptada a las posibilidades del mismo y no como una práctica dogmática que hay que aplicar a rajatabla. Las coordenadas sugeridas en este artículo tienen que entenderse como elementos constructivos de futuras propuestas específicas resueltas como prototipos sometidos al ensayo y error.

Aplicar un proceso de evaluación participada en todo su potencial y despliegue puede significar para los proyectos y sus participantes un elemento de estrés. Adaptando el desarrollo de la evaluación a cada proyecto se asegura la incorporación sistematizada de espacios de valoración igualmente válidos y eficientes que funcionen como un GPS de uso colectivo.

La calibración de este GPS y la elección de las cartografías o mapas de navegación y la propuesta de itinerarios se dan en el inicio del proyecto, en la fase de planificación de la evaluación o en el proceso de valoración.

Planificar la evaluación con la participación de todo el grupo motor del proyecto es con diferencia la fase más significativa y determinante de todo el proceso. Es la negociación de un contrato, de una hoja de ruta en la que todas las partes se ponen de acuerdo en fijar qué criterios se usan para determinar los objetivos y expectativas que tienen cabida en el proyecto y cómo se determina si se han cumplido o no. También se negocia qué se quiere evaluar, en qué fases del proceso, quién participa y con qué información, y cómo

se recoge esta información. Pero sobre todo es la construcción de un espacio de trabajo basado tanto en lo común como en el reconocimiento de la diferencia. Una heterogeneidad visibilizada e incorporada así al trabajo, un elemento de tensión puesto sobre la mesa y con el que operar a lo largo del proyecto.

El origen de los proyectos responde a una lógica orgánica y heterogénea difícil de estandarizar. A veces avanza como un tanteo, como una investigación sobre el terreno, como una idea inspirada en busca de un marco catalizador. Puede ser que los acompañantes de viaje no sigan el ritmo o no le vean el por qué de sumarse al cien por cien, para ellos no es el momento. El marco de confianza o la implicación resuelta de los participantes puede darse a mitad del proyecto, así que plantear en los inicios del proceso la cuestión de la evaluación puede entorpecer el proceso. Pero a la vez también ayuda a construir más rápidamente un espacio común disipando posiciones preventivas. Desarrollar una evaluación participada permite convertir la fase de planificación en una metodología para abrir de manera real y efectiva el proyecto a la corresponsabilidad con los otros participantes.

La planificación significa acordar los objetivos y los impactos del proyecto y cómo se podrá valorar. Es un proceso de debate que impulsa una relación más intensa entre socios y participantes.

Compartir poder convierte la toma de decisiones en una práctica negociadora que implica a los participantes. Es un mecanismo para impulsar una arquitectura relacional basada en la horizontalidad y en la diversidad de roles, donde las relaciones de poder se hagan visibles y tiendan a ser horizontales, asegurando la representatividad de la diferencia. Un equilibrio negociado entre participantes que contemple el grado de implicación, el peso social e institucional, y donde la profesionalización no genere dinámicas de exclusión y concentración del poder de decisión.

Prototipar el GPS

Un proceso de evaluación, valoración o seguimiento de un proyecto se define a partir de la articulación específica de un conjunto de parámetros que en la práctica permiten hacer un proceso a la carta, un prototipo generado colectivamente.

Paso 1: Identificar los “lugares de paso” del proyecto que queremos mapear. Es decir, momentos o ámbitos del proceso respecto a los cuales queremos fijar coordenadas de comprobación de criterios y expectativas de realización, y en los cuales recogeremos la información necesaria para poder evaluar su evolución. Unas líneas más abajo proponemos un inventario de capas o fases de desarrollo que pueden definir un proyecto colaborativo, y así ayudar a fijar aspectos y momentos en los cuales evaluar el proceso de trabajo y sus resultados.

Paso 2: Definir quién participará en el proceso evaluador. No es necesario que sean siempre las mismas personas. La implicación puede estar en la participación de la negociación inicial de los objetivos del proyecto y los criterios de su evaluación, como sería el caso de los miembros del grupo motor o, también, como en una aportación

valorativa en relación a algún aspecto concreto o puntual del proyecto, como por ejemplo el funcionamiento de las dinámicas de un taller colectivo.

Paso 3: La posibilidad de crear un espacio de debate y formulación de los criterios de evaluación entre los implicados en el proyecto y, por ende, la puesta en común de los objetivos particulares (y, si procede, la reformulación de los objetivos del mismo), es lo que permite a este tipo de evaluación convertirse en una herramienta útil para los proyectos colaborativos. En el último tramo del artículo proponemos algunas reflexiones susceptibles de servir de punto de partida para el debate y la discusión en torno a los posibles criterios valorativos en el seno del grupo de personas, entidades e instituciones implicadas en un proceso colaborativo.

Paso 4: Definir la metodología adecuada para recoger la información, decidir quién y cómo se hará la valoración, el retorno y, por último,

Paso 5: Decidir cómo se compartirán los resultados. En el marco de un proyecto colaborativo lo más adecuado y coherente con el propio carácter del proceso es la creación de espacios de debate colectivo como talleres en los cuales los participantes puedan construir una evaluación que represente la diversidad de valoraciones y voces en la que se decida la estrategia para compartir los resultados de la misma.

En la publicación *Art en Context Sanitari*¹ proponíamos algunos vectores, capas o fases de trabajo para clarificar el desarrollo de un proyecto. Una propuesta funcional para etiquetar de manera flexible los complejos y heterogéneos procesos de trabajos colaborativos. A pesar de que todo relato o herramienta de sistematización tiende a homogeneizar la diversidad propia de un proyecto real, en este caso, el objetivo era reconocer los distintos lugares de paso de un proceso de trabajo colaborativo. Al visibilizarlos se facilita la reflexión y acción crítica en torno a los mismos por parte de todos los implicados, a la vez que facilita reconocer el proyecto como un práctica colaborativa problematizadora, donde las relaciones de poder a veces se articulan horizontalmente y otras se definen jerárquicamente, creando una tensión entre lo que se plantea como enunciado y su desarrollo real.

Zonas de paso en un proceso artístico colaborativo:

- Construcción del grupo motor que impulsa el proyecto. Puesta en marcha de la estructura colaborativa/estrategias de búsqueda de recursos y financiación.
- Investigación del contexto, exploración de redes, prospección de colaboradores, reconocimiento de intereses y capitales simbólicos asociados al tejido.
- Ideación del proyecto, construcción de un espacio común para generar y/o debatir la propuesta, sus objetivos e implicaciones. Diseño y planificación del proyecto.

¹ Publicación fruto de un trabajo de investigación desarrollado conjuntamente por Rachel Fendler, Javier Rodrigo y Sinapsis (Cristian Año y Lidia Dalmau) y de la cual este artículo utiliza parte de sus contenidos. *Art en contextos sanitaris. Itineraris i eines per desenvolupar projectes col·laboratius*. 2009 . Disponible en <http://www.trans-artlaboratori.org/descarregues/Artencontextossanitaris.pdf>. Parte de este trabajo se incluye en esta publicación.

- Realización, producción, desarrollo del proyecto, dinámicas de trabajo en común, procesos de concreción de los imaginarios y procesos producidos.
- Producción de resultados finales y materializaciones de los retornos. A los participantes, al contexto, al sector cultural. Estrategia de: comunicación, difusión, replicación, diseminación y puestas en común.
- Estrategias, acciones y dispositivos de comunicación interna y externa.
- Espacios para planificar la evaluación participada o valoración. Definición de criterios. Recogida de información. Valoración continua. Presentación de resultados y propuestas de mejora. Estrategias para distribuir los aprendizajes y conclusiones.

Programado el GPS con el itinerario y sus zonas de paso, y definidos los compañeros de viaje, hay que armar la valoración o evaluación participada. Trazar las coordenadas para hacer el seguimiento continuo requiere, tal como apuntábamos con anterioridad, poner en común los objetivos de cada socio y definir el conjunto de criterios que definirán el marco de valoración. Estos pueden ser muy distintos para cada socio y, precisamente en función de esta misma disparidad, el diseño del proyecto puede verse recontextualizado, adaptándose de esta manera a las expectativas y los intereses de todos los involucrados.

Es una idea central de este artículo que la potencia de una evaluación participada está en su capacidad de plantear criterios particulares en común, un enfoque hecho a medida para cada situación que la convierte en una herramienta de mediación y aprendizaje colectivo. Proponemos seis ejes de reflexión, un conjunto de cuestiones en torno a las potencialidades y problemáticas de las prácticas culturales colaborativas y ante las cuales abrir un debate previo para negociar con conocimiento de causa qué criterios e indicadores servirán al conjunto de los participantes para calibrar el "GPS".

Relaciones equilibradas entre socios impulsores

Las relaciones de poder entre las entidades, colectivos o instituciones que conforman el grupo motor pueden ejercer en el proyecto un efecto positivo o negativo.

Podemos considerar la existencia de ese posible efecto a partir de diversos indicadores sobre los que los socios se tendrían que poner de acuerdo. Como indicadores positivos podríamos evaluar si se ha conseguido una mediación más eficaz con el contexto gracias al trabajo en común y si, en este caso, esto significaría acceso directo y rápido a las personas indicadas y con predisposición a colaborar, o bien, un intercambio y multiplicación de recursos entre socios, la posibilidad gracias a las sinergias colectivas de un mayor impacto y difusión del proyecto o la capacidad positiva del proyecto de impactar en las instituciones y entidades participantes y generar movimientos de transformación interna.

Si nos centramos en aspectos negativos podríamos fijarnos en la existencia de desigualdades en el reconocimiento e impacto del proyecto en cada socio, en la cantidad y grado de resistencias persistentes en las distintas fases del proceso o en los desacuerdos por los aportes realizados por parte de cada uno.

Colaboración eficaz

Entendemos por colaboración eficaz cuando esta es flexible y adaptada a las circunstancias del contexto de intervención teniendo en cuenta las diferencias entre las instituciones, las personas, las agrupaciones, los comités, etc., para articular de manera adecuada, concreta y específica los tiempos, espacios y grados de la misma.

Algunos potenciales que podemos reconocer o articular como criterios para definir baremos de calidad y equidad se basarían en si se ha incorporado al diseño de la participación las expectativas de beneficios, intereses, capacidades y contextos de todos los participantes. Valorar la capacidad del proyecto de ampliar y consolidar la colaboración abriendo el espectro de participantes a nuevos colectivos y plantear los mecanismos participativos de tal manera que se favorezca la continuidad de las colaboraciones en el futuro. En definitiva, una colaboración eficaz podría generar para el proyecto mayor grado de imbricación e impacto en el contexto y una mejora de la difusión y viabilidad futura. Puede provocar también que el proyecto afecte y ponga en contacto a una mayor diversidad de personas y se desarrolle más trabajo en red, lo que permite que alcance una mayor consolidación y penetración en el contexto, de manera que aumente y diversifique, así, el impacto.

Este hecho conlleva un mayor arraigo del proyecto en el contexto y un aprendizaje institucional, elementos que aumentan las posibilidades de la continuidad de la experiencia más allá de sus impulsores iniciales.

Cuando el trabajo colaborativo no se consolida se tiende a pensar en la participación en abstracto, como una práctica sin limitaciones, exenta de dificultades o conflictos. Muchas veces la participación es vista desde una cierta concepción abstracta, como un proceso limpio y sin dificultades, sin considerar los conflictos y negociaciones que implica, sin reconocer las problemáticas asociadas, o bien se piensa la participación como resultado final y no como medio de trabajo. Entonces suele entenderse la participación desde una perspectiva cuantitativa y no cualitativa, obviando que es necesario considerar la colaboración teniendo en cuenta no solo el número de personas activadas o influenciadas, sino los grados y formas de los procesos colaborativos y cómo favorece o impide futuras continuidades. También hay que valorar si el número de personas que colaboran en los procesos está en relación a la capacidad y recursos del equipo que gestiona el proyecto. La participación de muchos agentes conlleva más tiempo y negociaciones, y puede suceder que no se pueda llegar a la acción.

Hacer más compleja la participación implica una mayor planificación estratégica e institucional y tal vez un grado de intensidad y de negociación menor por el elevado número de participantes. Se pierde la intensidad en la colaboración y el intercambio de conocimientos. Cuantos más participantes hay, más difícil y costoso es asegurar estos niveles de implicación.

Viabilidad y sostenibilidad a corto, medio y largo plazo

Aunque los orígenes de los proyectos puedan diferir entre sí, comparten muy a menudo un estado afectivo que mezcla a partes iguales la incertidumbre con el entusiasmo emprendedor. Una energía generadora de impulso e inercia suficiente para confiar en el

proyecto. Un entusiasmo necesario pero que a la vez impide ajustar a veces esa energía y generosidad inicial a criterios de viabilidad y sostenibilidad. Entendemos la viabilidad aplicada a un proyecto de colaboración como la capacidad de gestionar equilibradamente las aportaciones de las entidades, colectivos y/o instituciones participantes y del propio contexto de intervención, ya sean los recursos humanos u otros capitales (económicos, sociales, simbólicos, institucionales o de mediación) desde un criterio de eficiencia a corto plazo. La sostenibilidad, por otra parte, la entendemos como la capacidad de continuidad y mantenimiento de una práctica o proyecto a medio y largo plazo, más allá de sus primeros objetivos y sus resultados inmediatos, en sus posibilidades e impactos futuros.

De esta manera, es posible prolongar los proyectos en los contextos o ámbitos de trabajo y generar programas estables y líneas de actuación de colectivos, entidades e instituciones más allá de la participación en acciones puntuales. La viabilidad y la sostenibilidad se gestionan en espacios y tiempos distintos. Para compatibilizar estas dos dimensiones del proyecto hay que considerar aspectos como los recursos sociales y humanos del contexto y los diversos capitales que aportan todos los participantes, así como una gestión realista de los mismos, evitando quemar a los participantes a largo plazo. La sostenibilidad supone tender a ir más allá de planificar proyectos de intervención específica y diseñar programas a largo plazo con estrategias que afecten no solo al contexto, sino también a las políticas institucionales. Significa entender también que los proyectos son como propuestas abiertas que interactúan con el contexto y, por lo tanto, que hay que favorecer la incorporación y modificación del proyecto a partir de las aportaciones del contexto de acogida. La sostenibilidad y viabilidad suponen identificar oportunidades de trabajar con redes y otras estructuras que nos abran a su vez la posibilidad de incorporar nuevos recursos al proyecto.

Asimismo, favorece que las instituciones y entidades implicadas refuercen el trabajo en red impulsando una experimentación en las metodologías y formas de trabajar en sus entornos sociales. Un claro indicador del fracaso en la aplicación de criterios de viabilidad y sostenibilidad se aprecia, por ejemplo, cuando se generan sentimientos de frustración a raíz de haber marcado objetivos muy ambiciosos que no se llegan a cumplir o a la inversa, que un éxito desmedido imposibilite una segunda edición por el exceso de expectativas generadas. Otros síntomas que apuntan que no se ha conseguido una formulación adecuada desde la viabilidad y la sostenibilidad la encontramos en los proyectos que pasan por un contexto sin abrir vías futuras de colaboración o, aún peor, quemando de antemano las posibilidades de cualquier otro tipo de trabajo en el mismo contexto, al pensar en la sostenibilidad del proyecto como la consolidación de un fórmula que se puede ir repitiendo a modo de recetas en las que se conjugan unos elementos de gestión y de planificación, sin tener en cuenta nuevas realidades o cambios en el contexto de trabajo.

Producción colaborativa de imaginarios y representatividad

La cuestión de la visibilidad y la narración debería ser integral: incluir toda la complejidad del proyecto y representar la diversidad y especificidad de cada contexto y situación, y no limitarse sólo al compartir el resultado del proceso.

Para poder desarrollar los criterios e indicadores colaborativamente en relación a este eje es necesario asegurar una dinámica que capacite a todos los participantes para analizar cuáles son las situaciones colaborativas e impactos deseables. Para ello, hay que entender los diversos roles de cada agente en cuanto a cuestiones de representación y narración, y conjugar formas alternativas y diversificadas de difusión y comunicación del proyecto, visualizando de forma múltiple las aportaciones de cada uno de los participantes a lo largo de todo el proceso. Una forma adecuada de presentación de un proyecto de colaboración debe mostrar su carácter multifacético, recoger la diversidad de voces que han participado y las diferentes narraciones y textos que han surgido. La representación polifónica es más legítima hacia el proceso colaborativo y muestra el intercambio producido.

Las formas en que se representa el proyecto también deben ser trabajadas colaborativamente y los participantes deben estar implicados en los procesos de producción de las narrativas que luego darán visibilidad al proyecto. En estos espacios de trabajo cada una de las personas colabora de acuerdo con sus conocimientos, en un proceso de capacitación recíproco entre creadores implicados y participantes. Se recomienda tener en cuenta el potencial que supone la integración de diversas formas de comunicar y visualizar el proyecto, mostrando los resultados y las narrativas articuladas de acuerdo con diversos intereses y puntos de vista del contexto, hecho que permite, por un lado, que se reconozca el capital aportado por cada participante y, por el otro, mostrar el contexto en toda su riqueza. También hay que considerar que el trabajo con varias plataformas de difusión y comunicación produce una información más accesible y potencia la pedagogía del proyecto, tanto de cara al contexto de actuación como con otros contextos.

Algunos hechos que indican la necesidad de replantear estrategias y modos de hacer podrían ser, por ejemplo, que los participantes hayan sido excluidos de las decisiones de edición y producción de contenidos con la consiguiente posibilidad de que no se sientan representados por el resultado final o la forma en que se explica el proceso. Otro indicador es la forma de representar la participación del artista, de representar al artista. Los formatos artísticos no colaborativos tienden a enfatizar la figura del artista o artistas como un héroe que capitaliza el protagonismo y el capital creativo del proyecto a la vez que difumina la importancia de las aportaciones del contexto social y de los participantes.

Por último hay que tener en cuenta los formatos narrativos que se usan y si están o queremos que estén en sintonía con todos los participantes. A veces se producen relatos elitistas, con un lenguaje muy codificado y de difícil lectura y comprensión por parte de los participantes y del público en general. Por el hecho de estar relacionados con términos y discursos propios del mundo del arte, el público al que finalmente se dirigen es limitado y específico.

Intersección de culturas. De la diferencia a la colaboración

El trabajo en red y los procesos de colaboración conllevan, como ya hemos comentado, la suma de colectivos, entidades e instituciones diversas. La articulación de esta heterogeneidad en un espacio de colaboración es una oportunidad para el aprendizaje y el

intercambio de saberes entre campos profesionales y culturas ciudadanas. Se ponen en común diferentes metodologías y conocimientos en un proceso de aprendizaje colaborativo a partir de la puesta en diálogo de diferentes áreas de conocimientos y competencias profesionales, sociales y afectivas.

Estas interacciones pueden propiciar una oportunidad para innovar y experimentar con otras formas de trabajo, donde participan profesionales de diversas áreas que entienden el proyecto como un proceso de aprendizaje colaborativo que facilita la capacitación de los participantes para aplicar formas de trabajo más horizontales.

La gestión de la heterogeneidad no debería significar que hay que someterse al proyecto, al contrario, este debería modelarse hasta incorporarlo como un activo visible. Entender las resistencias y las diferencias entre culturas como una oportunidad de trabajo y espacio de colaboración significa que, en vez de eliminarlas o relegarlas a un segundo plano, hay que tratarlas y representarlas con diversos mecanismos y aceptar que son una parte integral del proceso de colaboración. Explicitar los conflictos, las debilidades y las fortalezas de cada proyecto ayuda a repensarlo y enriquecerlo.

Las acciones iniciales del proyecto son el momento óptimo para diagnosticar el potencial colaborativo del mismo. Ya sea en formato de investigación, en el proceso de diseño del proyecto o en la planificación de la evaluación, hay que entender las diferencias entre socios y hacerlas visibles. Si se da la imposibilidad de conseguir espacios de mediación entre los socios sin que fructifiquen acciones y prácticas de colaboración con unos mínimos puntos de acuerdo e intereses comunes puede ser muy difícil continuar el proyecto en ese contexto específico.

El trabajo con la complejidad y la dimensión artística de un proceso de trabajo colaborativo

Es recomendable introducir en la planificación de la evaluación la discusión colectiva en torno a una cuestión que, si fuera omitida, seguiría siendo con bastante probabilidad un tema recurrente. ¿Dónde reconocemos lo específicamente artístico de un proyecto colaborativo y cuál es la relación con su dimensión social y la metodología colaborativa del mismo?

Sin proponer una definición ni querer clausurar el debate, sí proponemos una argumentario abierto, material de soporte para el debate en el seno del grupo motor de un proyecto colaborativo que esté negociando criterios de valoración y poniendo en común saberes. Apuntamos que las prácticas colaborativas concretan su potencial artístico tanto en el trabajo de reflexión sobre el contexto específico donde realizan el proyecto, como en la implicación de este mismo contexto en esta tarea.

Este trabajo se vuelve crítico en primera instancia y en relación a entidades e instituciones participantes por su capacidad de identificar y poner en relación, por una parte, las políticas que regulan la especificidad de cada contexto gracias a unas maneras de hacer particulares y las disciplinas y saberes asociados o imaginarios instituyentes que, aunque

son invisibles, articulan la vida de cada socio del proyecto a través de creencias, discursos y conceptos compartidos por todos. En segunda instancia, estas prácticas tienen un potencial crítico que los proyectos artísticos hacen visible con todos estos imaginarios en forma de unas imágenes y relatos que evidencian la complejidad y la diversidad del contexto. Asimismo, y esta es la clave de la práctica artística colaborativa, abre esta representación de la realidad a la multiplicidad de esas voces, discursos e imaginarios que normalmente no tienen visibilidad. De esta manera se enriquece el contexto y a los participantes con la aportación de nuevas lecturas sobre los mismos imaginarios, la incorporación de otros conocimientos y formas de trabajar. Los proyectos colaborativos tienen el potencial de desplegar de facto una acción directa de crítica institucional al democratizar el control de la producción de imaginarios y expandir el campo de trabajo de la institución arte. Se desplaza al artista de su rol de productor al de articulador de situaciones colectivas productoras de imaginarios. Ya no puede tener el control en la producción de imaginarios apareciendo como el único agente experto y capaz de utilizar los medios correspondientes. La producción debe plantearse desde el trabajo con otras instituciones y producciones alternativas en formas más participativas e inclusivas para trabajar colectivamente los diversos imaginarios.

Algunos indicadores específicos que podrían sugerirse tienen que ver con la captura de información en relación a estas potencialidades descritas. Podemos, por ejemplo, evaluar si el proyecto ha tenido la capacidad de generar imaginarios alternativos, reflexivos o críticos en torno al contexto y/o los socios y participantes, o al contrario, si tan solo ha reforzado los imaginarios con los que el contexto se siente cómodo e identificado. Y de la misma manera podemos intentar certificar si el proyecto ha producido transformaciones tangibles.

REFERENCIAS:

Collados, A. y Rodrigo, J. (2012). *Transductores. Pedagogías en red y prácticas instituyentes*. Granada: Centro José Guerrero.

Jorba, L.; Martí, J. y Parés, M. (2007). La qualitat en la participació. Orientacions per a l'avaluació participada. Finestra Oberta. Fundació Jaume Bofill. Disponible en: www.fbofill.cat

Rodrigo, J. y Collados, A. (2014). Pedagogías colectivas y prácticas instituyentes: El caso deTRANS LAB Amárika como ejemplo de las tensiones sobre política, mediación y cultura. En: Baleiro y grupo de investigación Arte y Estética Contemporánea, de la Universidad de Santiago de Compostela (eds). *Canales alternativos de creación. Una aproximación histórica*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.

Sabadell Artiga, L. (2012). Guia pràctica per co-crear al'escola.Co-creable i AFA Escola Castellum. <http://www.sabadellartiga.com/2012/01/guia-de-co-creacio-per-a-escoles-ja-la-pots-descarregar/>

Sinapsis, Rodrigo, J. y Fendler, R. (2009). *Art en Context Sanitari.Itineraris i eines per desenvolupar projectes col.laboratius*. Barcelona: Transart Laboratori. <http://goo.gl/VxWnk>

Sitesize (2007). *Sit Manresa: servei d'interpretació territorial*. Barcelona: Sitesize.

VV.AA. (2013). *QUAM 2012. Mecanismos de porosidad Intersecciones entre arte, educación y territorio*. Vic: ACvic.

VV.AA. (2009). *Accions reversibles. Art-Educació-Territori*. Vic: ACVic.

VV.AA. (2004). *Processos oberts*. Ajuntament de Terrassa.

VV.AA. (2007). *Art, experiències i territoris en procés*. Barcelona: Idensitat.

Proyectos e iniciativas:

Art i escola
www.artiescola.cat

Polièdrica
www.Poliedrica.cat
Fes camp!
www.fescamp.cat

Aprendre de l'escola
<http://www.poliedrica.cat/fitxa/aprendre-de-lescola-manresa-segle-xx/935?lang=es#.U99bP0hIG7E>

WikiToki, un nuevo laboratorio de co-creación en torno a la innovación social
<http://wikitoki.org/>

Programa de l'ANTIC TEATRE Projecte Artístic Comunitari <http://www.tea-tron.com/anticteatre/blog/category/projecte-comunitari/>
